Tata

¡Hola, muchacho! Decías, sacudiendo tus dedos largos y afilados, y con una sonrisa impresa en la cara. Como de tranquilidad, de alguien que estaba en paz con su vida y sus acciones. ¿Y usted a qué se dedica, mijo? —Preguntabas los domingos y, al escucharme replicar que era estudiante de derecho, no podías contener tu emoción y me contabas con humildad tu historia, como si fuera una más, entre otras muchas de muchos sujetos anónimos.

Siempre fuiste un abuelo cariñoso y una persona amable.

Cuando no puedo dormir, me llegan imágenes, como flashes o ensoñaciones.

Estamos caminando por la playa de Algarrobo. Tú llevabas tu bastón y vestías un conjunto de buzo de color verde con blanco. O quizás al revés. Yo llevaba una palmera en la mano, y veía cómo la gente te saludaba con admiración, mientras nos inundaba el olor a eucalipto.

O estabas jugando ping-pong con sorpresiva habilidad, e inusitada picardía ante el público de tus nietos, en las tardes del —en ese entonces, eterno para mí—, verano santiaguino. Ahí mismo, en el patio de atrás, donde ahora hay un museo en tu nombre.

Te zambullías en la piscina de la casa de mis padres, donde, en días de infrecuente informalidad, llegabas vistiendo una guayabera blanca, casi tan blanca como tu piel al sol. Y cuando ya no pudiste hacerlo más, contemplabas con dicha a la nueva generación de bañistas.

Te sentabas en la terraza a mirar. Solo mirar. Como si todo se paralizara y el mundo reclamara de ti su atención. Toda la atención.

Ahora de grande, no dejo de pensar en el "señor político" y en el gran "jurista", de esos que ya no quedan.

En estos años me he dedicado a investigar y cada paso me acerca más a entender qué querías decir.

Me parece, ahora, que eras un "adelantado a su época", como se suele decir. Que podías ver cosas que otros no podían. Pero nunca fuiste un iluminado, ni alguien que reclamara tener toda la razón. En 1987, en una entrevista, dijiste con tono resignado: "somos una generación fracasada". Luego lideraste un proceso de reconciliación sin parangón.

Cada tanto vuelvo a revisitar el vídeo de tu discurso en 1991 —el año en que nací— que siempre me llena la cara de lágrimas: —"por eso es que yo me atrevo, en mi calidad de Presidente de la República a asumir la representación de la nación entera, para en su nombre, pedir perdón a los familiares de las víctimas" —decías solemnemente, con voz temblorosa y ojos brillosos, a punto de quebrarte. No deja de impresionarme esa capacidad de pedir perdón, de sentir el dolor ajeno como propio. Incluso más, como tu propia responsabilidad, aunque fueras quizás de las pocas personas empeñadas en repararlo.

Me resulta curioso lo mucho que seguimos conectados. Investigando, me he encontrado con el constitucionalista. No me deja de resonar esta frase que pronunciaste con coraje en el Estadio Cariola en 1984: "*Convencidos, como estamos, de que un régimen constitucional será tanto más sólido y estable, cuanto mayor sea el grado de acuerdo que en torno suyo genere, no creemos bueno ningún procedimiento que permita imponer por mayoría una carta fundamental que grandes sectores del país rechacen, sin haber agotado los esfuerzos racionales para generar consensos. Creemos preferible el método que facilite al máximo el logro de un gran acuerdo nacional y eso es, sin duda, el de una asamblea constituyente*".

Es casi como un vaticinio: la exclusión de los "grandes sectores" estaba destinada a terminar en un fracaso.

Gracias, Tata, por enseñarme que la única forma de ser libres es a través del entendimiento entre iguales. Y que, para ello, debemos desplegar todos nuestros esfuerzos disponibles en la —no pocas veces frustrante y esquiva— tarea de construir consensos con todos nuestros conciudadanos.

Tu nieto,

Vicente